

LA
GUÍA FEMINISTA
PARA EDUCAR
A UNA PRINCESITA



CÓMO CRIAR A UNA
NIÑA AUTÉNTICA,
FELIZ Y VALIENTE
AUNQUE SOLO
QUIERA VESTIRSE
CON UN TUTÚ ROSA

DEVORAH BLACHOR

DEVORAH BLACHOR
LA GUÍA FEMINISTA
PARA EDUCAR A UNA PRINCESITA

Cómo criar a una niña auténtica, feliz y valiente
aunque solo quiera vestirse con un tutú rosa

Traducción de Silvia Moreno Parrado

Título original: *The Feminist's Guide to Raising a Little Princess*

© Devorah Blachor, 2017

Edición acordada con TarcherPerigee, sello editorial de Penguin Publishing Group, una división de Penguin Random House LLC

Ilustraciones de Siobhan Gallagher

© por la traducción, Silvia Moreno, 2019

Corrección de estilo a cargo de Andrés Prieto

© Editorial Planeta, S. A., 2019

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2019

ISBN: 978-84-9998-743-9

Depósito legal: B. 7.376-2019

Composición: gama, sl

Impresión y encuadernación: EGEDSA

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

ÍNDICE GENERAL

<i>Introducción: ¿Cuántas feministas hacen falta para cambiar una bombilla?</i>	11
---	----

PRIMERA PARTE

La princesita dentro de casa

1. ¿Qué es una princesita?	17
2. ¿Quiénes son los padres de las princesitas?	39
3. Espejito, espejito mágico: ¿quién es la controladora mayor del reino?	67
4. ¡Enhorabuena! ¡Es una belleza!	93
5. El mundo mágico del dólar Disney	117

SEGUNDA PARTE

La princesita fuera de casa

6. Las princesas de verdad no son unas pavisosas	157
7. Las mujeres de verdad no cacarean	179
8. ¿Las princesas de verdad limpian ventanas?	191

9. Cuentos de hadas feministas	211
10. Perfección de princesa	223
11. El amor... ¡Pues claro! ¡El amor!	239
12. Y vivieron felices y comieron perdices	253
Epílogo: <i>Princesas y lobos</i>	277
<i>Agradecimientos</i>	281
<i>Notas</i>	283
<i>Biografía</i>	287

1 ¿QUÉ ES UNA PRINCESITA?

Mi vida en rosa: LA CIENCIA DE LAS PRINCESITAS

Mari y yo estamos muy unidas; en plan, hasta un punto enfermizo. Esto es lo que creo que pasó:

Cuando Cai, mi hijo, era un bebé, una niñera venía cada semana varias mañanas para que yo pudiera trabajar a media jornada. Cai estableció vínculos conmigo, con su padre, también conocido como mi marido, y con la niñera. Es una chica fantástica que presentó a Cai a su grupo de amigos fantásticos, quienes lo colmaban de elogios y atenciones. Cai adoraba a mucha gente y mucha gente adoraba a Cai.

Pero, cuando llegó Mari, había menos dinero en casa y, a aquellas alturas, ~~yo no tenía nada a lo que pudiera llamar trabajo~~ tenía menos motivos para reincorporarme al trabajo. Durante los dos primeros años de vida de Mari, ella pasaba la mayor parte de sus días conmigo y con mis tetas. Aún no estoy segura de a cuál de nosotras quería más. En cualquier caso, parecía bastante feliz.

Justo antes de que Mari cumpliera dos años, me salieron unas cuantas oportunidades para trabajar por mi cuenta, así que la

apuntamos a media jornada en una guardería. El primer día, al marcharse los padres, lloraron todos los niños. El segundo día, lloraron casi todos los niños. El tercer día, lloraron algunos niños y a la semana siguiente ya no había ningún niño que lo hiciera. Salvo Mari. Mi hija seguía llorando cuando la dejaba allí, todos los días, y me desgarraba el corazón con sus sollozos inconsolables.

¿Por qué a Mari le resultaba tan difícil? Tal vez era porque los otros niños vivían cerca de sus abuelos y parientes y estaban acostumbrados a estar de cuando en cuando sin sus mamás, mientras que Mari no tenía ninguna experiencia «extramaternal» de ese estilo. O tal vez se debía a que yo era una madre de mierda que había criado a un desastre emocional lleno de inseguridades. Probablemente era una cosa o la otra.

Valoré la posibilidad de sacar a Mari de la guardería y renunciar a reincorporarme a la vida laboral. Pero, con el tiempo, empezó a adaptarse, aunque, desde luego, fue un proceso lento. Mari era de esos niños que siempre salen sentados en el regazo de su maestro en las fotos que publican en la página de Facebook de la guardería. Necesitaba mucha atención y amor, y allí consiguió ambas cosas, algo por lo que estoy muy agradecida.

Allí también empezó a recibir otras ideas. Pronto nos ocuparemos de ellas.

Eran días emocionantes. Dejaba a Mari en la guardería y tenía nada menos que cuatro horas libres en las que podía hacer lo que quisiera. Estaba eufórica, si «eufórica» significa también «increíblemente cansada». Porque Mari también se despertaba muy temprano para mamar. ¿Se me había olvidado mencionarlo? Mari seguía mamando y para ello me despertaba todos los días a las cuatro de la mañana. Resulta que sí que le gustaban mis tetas más que yo.

Ya no lo hacíamos en público. Mari mamaba antes de acostarse por la noche y para la siesta y cuando se despertaba, pero me dejaba las tetas en paz el resto del día. Si por ella hubiera sido, ha-

bría mamado en público todo el tiempo, pero, en un momento dado (no recuerdo cuándo exactamente, por culpa de la confusión que la falta de sueño creó en mi cerebro), le dije: «Espera a que lleguemos a casa» y, poco después de aquello, «Espera a la hora de dormir». Funcionó porque aún no había superado el Umbral del Bebé Psicótico.¹

Me pregunto una cosa. Cuando Mari era un bebé, le daba de mamar en público sin reservas, vergüenza ni la sensación de estar haciendo algo inapropiado como madre. En cuanto llegó a la primera infancia, sin embargo, me sentía incómoda cada vez que la niña quería mamar. ¿Por qué? ¿Por qué era más consciente de estar enseñando las tetas solo porque Mari era unos pocos meses mayor? ¿Por qué me sentía juzgada y criticada por consolar a mi hija de dos años pero me daba igual que la gente mirase con malos ojos que le diera de mamar a mi bebé en público? Se abre el debate.

Volvamos a mi agotamiento, que era tan inmenso y profundo como el lago del Cráter, pero sin las vistas sobrecogedoras ni la tienda de regalos. Estaba demasiado cansada para pensar en cualquier cosa que no fuera dormir, así que, finalmente, decidí destetar a Mari.

Y allí estábamos. Mari acababa de empezar la guardería. Yo estaba intentando que renunciara justo a lo que más la consolaba y, en ese complicado torbellino de ansiedad infantil por la separación, sentimiento de culpa de madre y agotamiento extremo, entró en nuestras vidas algo nuevo y extraño. Algo en lo que nunca antes nos habíamos parado a pensar. Algo que iba a cambiar nuestras vidas para siempre.

Todo empezó con la semana de los colores.

«¿Qué es la semana de los colores? —os preguntaréis—. Suena precioso.»

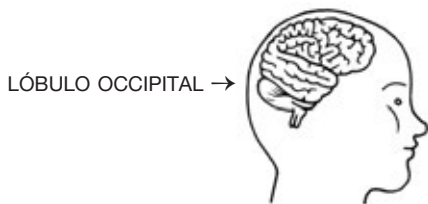
(1) El Umbral del Bebé Psicótico es el punto en el que tu hijo/a pasa de ser una personita adorable y encantadora a un ser cuyo único objetivo es amargarles la vida a todos los que estén a su alrededor. La mayoría de los bebés son completamente adorables antes de llegar a su UBP, lo que hace que lo que viene después sea aún más desconcertante.

La semana de los colores era esa cosa por la que todos los niños de la guardería de Mari iban vestidos de azul los lunes. Los martes iban de amarillo. Los miércoles tocaba rojo; los jueves, marrón; los viernes, todos los niños se vestían de rosa o de morado, según eligiera cada cual.

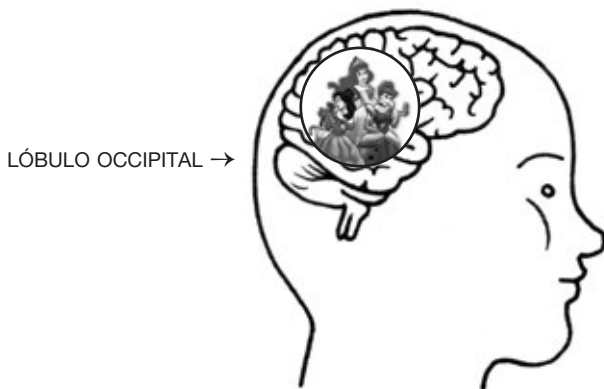
¿Verdad que es una forma divertida de aprenderse los colores? ¿A que es la cosa más tierna del mundo?

Para los fines de este libro, yo misma me he encargado de investigar qué parte del cerebro procesa la diferenciación de los colores.

Como estoy segura de que ya sabréis todos, es el lóbulo occipital, uno de los cuatro grandes lóbulos de la corteza cerebral. En otras palabras, así funciona vuestro cerebro ante el color:



¿Lo habéis visto? ¿No? Voy a acercar la imagen.



No sé si habéis visto lo que ha pasado (es muy sutil), pero resulta que, al estimular la parte del cerebro de Mari que reconoce los colores, se despertó una predilección dormida. O se implantó. Tiene que ver con eso de «innato o adquirido» (todavía estoy intentando averiguar con cuál de los dos). Lo único que sé es que Mari cambió para siempre.

He aquí un gráfico muy útil que ayudará a entender el cambio de comportamiento de Mari.

Antes de la semana de los colores	Después de la semana de los colores
<p>Yo: ¡Vamos a vestiros!</p> <p>Mari: Vale, mami.</p>	<p>Yo: Muac muac muac, muac muac muac. <i>(Porque, independientemente de lo que yo dijera, Mari tenía la misma reacción de loca desde que superó el Umbral del Bebé Psicótico.)</i></p> <p>Mari: ¡Ese no! ¡Ese no! ¡El rosa! ¡El rosa! ¡Ese rosa no! ¡El otro rosa! ¡Quiero el otro rosa! ¡¡¡¡¡Buaaaaaa!!!!</p>

Es triste decirlo, pero, en cuanto Mari tomó consciencia del concepto de color, empezó a sufrir otro nuevo síndrome. Este se llama PFD, un fenómeno descubierto por Diane N. Ruble, Leah E. Lurye y Kristina M. Zosuls, de la Universidad de Princeton, ese centro en el que las iniciales del segundo nombre tienen una importancia enorme. PFD viene de *pink frilly dresses*, «vestidos de color rosa con volantes». He aquí lo que estas tres investigadoras sobre psicología del desarrollo escribieron en *Princeton Report on Knowledge*, que también se conoce por un diminutivo con más caché, *P-ROK*.²

(2) De verdad que lo llaman así.

Como investigadoras del ámbito de la psicología del desarrollo que estudian el desarrollo por géneros, hemos observado que una gran proporción de niñas pasa por una fase en la que prácticamente se niega a salir de su casa a menos que lleve puesto un vestido, a menudo de color rosa y con volantitos. La intensidad de estos deseos y el extremo hasta el que estos llegan a expresarse ha despertado nuestro interés investigador. Una madre joven refirió que la única forma de convencer a su hija de tres años de que se pusiera ropa que no fuera rosa era demostrarle físicamente que toda su ropa rosa estaba por lavar. ¿Cuál es la fuerza motriz que subyace a este fenómeno, al que llamamos PFD?³

Ya sé lo que estáis pensando. Que la madre cuya hija aceptaba de verdad ponerse algo que no fuera rosa es una cabrona con suerte.

Las investigadoras señalan también que, una vez que los niños entienden que hay dos géneros, identificarse con el propio se convierte en algo muy importante para ellos.

¿He mencionado que fue por aquella época cuando dejamos que Mari viera su primera película? ¿No?⁴ A veces se me olvidan las cosas, como volveré a demostrar dentro de, aproximadamente, dos segundos.

Ahí lo tenéis. Todos los hechos se han expuesto ante el tribunal con pruebas que los demuestran. Y ahora pregunto al jurado: ¿qué tendría que haber hecho yo? ¿Hacer que una niña de dos años que acababa de empezar la guardería dejara de mamar, de morder⁵ y de vestirse con su nuevo color favorito, todo a la vez? Parece una secuela de *La tormenta perfecta*, solo que mucho mucho peor (un poco como la ventisca eterna que la reina Elsa desató sobre Arendelle).

(3) Esta nota al pie es de la vieja escuela: D. N. RUBLE *et al.*, «Pink frilly dresses (PFD) and early gender identity», *Р-РОК*, vol. 2, n.º 2 (2007).

(4) Fue *Frozen*, como si no lo supierais.

(5) ¿Se me había olvidado mencionar que Mari mordía a los otros niños?

Así pues, cuando Mari empezó a exigir ir vestida solo de rosa y se obsesionó con las princesas (una preferencia que, generalmente, se manifiesta unos cinco segundos después de la fijación por el rosa), más o menos dejamos que pasara. «Elegid vuestras batallas», suele decirles la gente a los padres, cuando lo que de verdad quiere decir es «Llevaos de aquí a vuestro hijo». Nosotros decidimos no lidiar esa batalla en concreto. De hecho, a veces incluso dejamos que nuestra princesita floreciera, como pronto comprobareis.

Y así fue como nació una princesita. Se llama Mari. Que el Señor me conceda serenidad para aceptar el color rosa, fortaleza para no permitir que mi casa se convierta en un santuario dedicado al rosa y a las princesas y sabiduría para ser consciente de que el rosa es solo un color, no la decisión de no ir nunca a la universidad con la esperanza de encontrar un marido rico.

Estudios principescos I: ¿EL CEREBRO IMPORTA?

El cerebro del hombre y el de la mujer son distintos,
¡pues claro!

UN TÍO CUALQUIERA, EN UN BAR

Entonces ¿innato o adquirido? En otras palabras, ¿el cerebro del hombre y el de la mujer son distintos o somos más o menos iguales hasta que nacemos y se nos educa para que nos comportemos según lo que se espera de nuestro género respectivo y lo que se fomenta en él? ¿Algunos salimos del útero con el gusanillo de diseñar un puente hidráulico, mientras que otros venimos predispuestos a llevar zapatillas de peluche con orejitas de oso? ¿Cómo funciona todo el asunto este del género?

A finales del siglo XIX, los científicos descubrieron que el cerebro masculino era más grande que el femenino. Como aquello pasó

en los viejos tiempos, cuando casi todas las mujeres eran úteros con patas y no científicas, exploradoras o vendedoras callejeras de periódicos, mucha gente dio por sentado que, en efecto, el tamaño importaba. Existía el consenso de que las mujeres eran intelectualmente inferiores a los hombres. Esto debió de ser una noticia sorprendente para Marie Curie, la física y química que descubrió dos elementos y ganó la misma cantidad de premios Nobel.

Con el tiempo, la investigación científica respaldó la teoría de que las mujeres son más tontas. Por ejemplo, los hombres las superaban siempre en las pruebas de cociente intelectual. Hasta que dejaron de hacerlo. Pensadlo. Con vuestro cerebro determinado por el género.

El cerebro es mutable. Puede cambiar y, de hecho, lo hace; sus cambios y desarrollo comienzan varias semanas después de la concepción. Si bien es cierto que los genes (lo innato) determinan cómo se desarrolla el cerebro en el útero, el ambiente (el hecho de que la madre sufra de estrés crónico o sea fumadora, por ejemplo) afecta también al desarrollo cerebral. Después del nacimiento, nuestras experiencias vitales desempeñan un papel en la conformación de nuestro cerebro. Así pues, si las niñas empezaran a, no sé, por decir algo, ir al colegio, a la universidad o a lo que fuera por primera vez, ello afectaría sin duda a su desarrollo cerebral. Harvard, fundada en 1636, asegura ser la primera institución de enseñanza superior en Estados Unidos. La primera universidad que admitió mujeres, sin embargo, fue Oberlin College, nada menos que doscientos años después.

Si el cerebro cambia de acuerdo con el ambiente y las mujeres no tenían acceso a la enseñanza básica ni tampoco a la superior, el hecho de que los hombres superasen a las mujeres en pruebas de cociente intelectual u otro tipo de test de inteligencia no es ninguna prueba su superioridad intelectual. Lo que hay que hacer es concederles ese acceso a las mujeres y dejar que su cerebro, el de sus hijas y así sucesivamente hasta llegar al de las nietas de sus nietas se desarrollen y conecten de acuerdo con las nuevas circunstancias. Y entonces medir su cociente intelectual.

Como en 2012. Ahí fue cuando las mujeres superaron a los hombres en las pruebas de cociente intelectual por primera vez. El autor de los resultados fue James Flynn, que estudió tanto el cociente intelectual que consiguió que se le pusiera su nombre a algo muy chulo. (El «efecto Flynn» se refiere al aumento global y general en el cociente intelectual desde la década de 1930.) El cerebro es tan fluido (y los neurocientíficos apenas están empezando a descubrir las profundidades de su plasticidad) que aún es difícil extraer conclusiones convincentes de cualquier estudio.

Dejando a un lado el intelecto, los hombres y las mujeres sí que parecen ser distintos entre sí, y se han diseñado un montón de investigaciones para descubrir las diferencias cerebrales entre ambos géneros. Nuestro estudio dice que, en general, los hombres y las mujeres tienen núcleos amigdalinos (la parte del cerebro asociada al estrés, las respuestas emocionales y la excitación sexual) que funcionan de manera distinta porque su actividad y su respuesta a los estímulos varían según el género. Y, si bien los hombres tienen un cerebro más grande, las mujeres pueden usar el suyo de forma más eficaz. También tienen una mayor proporción de materia gris y menor de materia blanca que los hombres. Pero ¿qué significa todo esto? Además, ¿la materia importa?

Y he aquí una idea aún más desconcertante: ¿y si lleváramos todo el tiempo equivocándonos de pregunta?

La pregunta errónea es la siguiente: ¿cuáles son las diferencias entre el cerebro masculino y el femenino? Con ella se da por sentado que son distintos.

En 2015, la profesora Daphna Joel, de la Universidad de Tel Aviv, dirigió un estudio en el que se analizaron escáneres cerebrales de mil cuatrocientas personas con edades comprendidas entre los trece y los ochenta y cinco años. Se detectó que, si bien ciertas características cerebrales son más habituales en un género o el otro, cuando se atiende al estudio completo hay muy pocas personas (entre el cero y el ocho por ciento) que tengan un cerebro total-

mente masculino o femenino. En otras palabras, nuestro cerebro no es ni una cosa ni la otra. Todos tenemos un poquito de country y un poquito de rock 'n' roll. Cuéntenoslo, profesora Joel:

Aquí demostramos que, si bien existen diferencias de sexo/género en el cerebro y el comportamiento, los humanos y los cerebros humanos están compuestos por «mosaicos» irrepetibles de características, algunas más habituales entre las mujeres que entre los hombres, algunas más habituales entre los hombres que entre las mujeres y algunas habituales en mujeres y hombres. Nuestros resultados demuestran que, independientemente de la causa de las diferencias observadas según el sexo/género en el cerebro y el comportamiento (innato o adquirido), los cerebros humanos no pueden distribuirse en dos categorías distintas: cerebro masculino/cerebro femenino.⁶

¿Os explota un poquito el cerebro al enteraros de esto? Daphna Joel concluye que no tiene ningún sentido hablar de cerebro femenino o masculino. «Los cerebros son intersexuales, una mezcla de características masculinas y femeninas», dice.

Así que sí: a Mari y a las legiones de niñas obsesionadas con las princesas se las ha socializado para que les guste el rosa. De eso no hay ninguna duda.

Pero he aquí una pregunta cuya respuesta aún desconozco: igual que la materia blanca y la materia gris, ¿hay una materia rosa? Si mi hija se viste de rosa todos los días, se rodea de ese color e incluso suplica que la bañemos en él (porque no hace falta decir que alguien ha inventado ya unas bombas de baño rosa con forma de *cupcake*), ¿todo ese color rosa tendrá un efecto negativo sobre ella? A diferencia de los secretos del cerebro, que mejor les dejo a Daphna Joel y sus colegas, aún estoy intentado hallar la

(6) D. JOEL *et al.*, «Sex beyond the genitalia: The human brain mosaic», *Proceedings of the National Academy of Sciences*, vol. 112, n.º 50 (2015).

respuesta a esta cuestión. De eso más o menos es de lo que va este libro.

Lo contrario de serio

Casi todas las princesitas empiezan siendo bebés princesita. Si os preocupa que vuestra hija sea un bebé princesita y queréis buscar ayuda antes de que sea demasiado tarde, el primer paso es conseguir que responda a este útil cuestionario de diagnóstico. Todo se volverá pronto tan claro como un cristal de hielo de Arendelle.

CUESTIONARIO:

¿ERES UN BEBÉ PRINCESITA?

1. ¿Cómo se te puede encontrar la mayoría de las mañanas?

- A.** Calentita en la cama de tus padres, con el dedo en la nariz de tu madre y el talón clavado en el cuello de tu padre.
- B.** Quitándote el bragapañal de princesa para poder hacer pipí en el suelo.
- C.** Despertando a tu familia para exigir que te hagan unas *cupcakes* sin demora.
- D.** Quitándote los leotardos que tu madre ha tardado cinco minutos en ponerte, porque no son del tono de magenta adecuado.

2. A la hora de la merienda, ¿qué haces?

- A.** Masticas uno de tus trozos de manzana, lo escupes en el suelo y luego desmenuzas tu galletita en la bebida especial de tu madre.
- B.** Ni siquiera te dignas en mirar cualquier objeto comes-

tible, a menos que sea del grupo alimentario de los yogures líquidos.

- C. Pegas a tu hermano mayor en la cabeza con tu vasito de bebé.
- D. Cantas ¡*Suéltalo!*⁷.

3. A la hora de acostarte, ¿qué te gusta hacer?

- A. Exiges leer ese preciso libro que ha desaparecido misteriosamente sin dejar rastro.
- B. Saltas arriba y abajo en la cama de tu hermano mayor e insistes en dormir con su tigre de peluche favorito.
- C. Bebes muchísima agua, te quitas el bragapañal de princesa y te haces pipí en la cama.
- D. Dices que quieres lavarte los dientes y te echas a llorar porque tiraste al váter el cepillo de dientes de Aurora y ahora tienes que usar uno normal hasta que te consigan un nuevo cepillo de dientes de princesa.

4. Cuando la gente te conoce, ¿qué suele decirle a tu madre?

- A. ¡Vaya angelito que tienes!
- B. No te preocupes, es solo una etapa.
- C. Tienes cara de cansada.
- D. No había visto ese tono de rosa en nada que no estuviera relacionado con Jennifer Lopez.

5. ¿Qué sueles hacer al entrar en un supermercado?

- A. Te das cuenta de que tienes que hacer pipí.
- B. Esperas a estar lo bastante cerca del estante de los vinos para empezar a agarrar cosas.
- C. Señalas con el dedo a cualquiera que pase y gritas: «¡Eres un monstruo!».

(7) El título original de la canción es *Let it go*, traducido en otros países de habla hispana como *Libre soy* o *Suéltalo*. (N. de la t.)

- D. A una distancia de diez metros, detectas cualquier mierda con azúcar que tenga un dibujo de princesa encima y gritas hasta que te la compran.

6. *Durante la entrevista por Skype de tu madre para reincorporarse al trabajo y demostrarse a sí misma que puede ser otra vez un miembro útil de la sociedad, ¿qué haces?*

- A. Te quitas la ropa, entras en la habitación y anuncias que necesitas hacer caca.
- B. Entras en la habitación y le muerdes la pierna con mucha fuerza para que aülle «¡Hostia, joder!» a un nivel de decibelios que le provoque una sordera temporal al entrevistador.
- C. Te quedas al otro lado de la puerta y dices «Mamá, mamá, mamá» diez mil veces.
- D. Provocas un cortocircuito en la casa introduciendo el brazo de tu muñeca MagiClip de Elsa en un enchufe.

7. *¿Qué dibujo aparece en tu camiseta favorita?*

- A. Bob el constructor.
- B. Winnie the Pooh.
- C. Caillou.
- D. Si intentas darme una camiseta o cualquier otra prenda de ropa que no sea un vestido, te absorberé hasta el último ápice de felicidad para el resto del día.

8. *¿Qué accesorios lleva el único par de zapatos que consientes ponerte?*

- A. Lucecitas que se encienden y se apagan.
- B. Ojos y orejas para que tus pies parezcan ositos.
- C. Una combinación de correa y hebilla tan difícil de utilizar que tu madre necesita dos bebidas especiales para desmontarla después de ponértelos.

- D. Lazos, flores, lentejuelas, trocitos de peluche, tacones altos y un bolso a juego.

9. Cuando tu hermano está hablando de los Minions, ¿qué haces?

- A. Dices «*Macaroni, spaghetti, meatball*» y os echáis los dos a reír.
- B. Le disparas con un pintalabios taser.
- C. Te pones a hablar sobre la obra de Steve Carell.
- D. Gritas: «¡¡AHORA ME TOCA A MÍ HABLAR DE *FROZEN!*!».

10. Ayer planteaste la siguiente exigencia, que dejó a tus padres tristes, enfadados y desamparados, todo a la vez:

- A. Quiero otra chuchería.
- B. Quiero ver los *Teletubbies*.
- C. Quiero quitarme la ropa en este lugar público en el que está claro que hay gente a la que no le gustan los niños.
- D. Quiero que contratéis a la señora de Disney Collector para que actúe en mi *bat mitzvá* dentro de nueve años.

11. ¿Cuáles son tus fiestas favoritas?

- A. Navidad, por todo el amor que sientes a tu alrededor.
- B. Halloween, porque te disfrazas.
- C. El Primero de Mayo, porque te identificas con la clase obrera. Espera, ¿qué?
- D. Wassailia. Buscadlo, joder.

Mi vida en rosa: ¿QUIÉN TEME A LAS PRINCESAS?

Pues yo misma, hala.

Hasta odiaba un poquito a las princesas Disney.

«¡Qué tontería! —seguramente pensaréis—. ¿Acaso te han hecho algo?»

Entiendo la pregunta. A simple vista parecen bastante inocentes. Que yo sepa, ninguna princesa Disney le ha hecho nunca daño a un cachorrito. No son un grupo de presión que luche por derogar la ley del aborto. No tienen la culpa de que nunca haya cumplido mi sueño secreto de vivir en Barcelona y nunca han montado una estafa piramidal para robarles sus ahorros a los ancianitos. Entonces ¿qué problema tenía con ellas?

Empezó, claro está, cuando vi por primera vez, de muy pequeña, las películas de las princesas Disney. Me gustaban. *Bambi* me gustaba mucho más, pero las princesas estaban bien. Sin embargo, nunca fantaseaba con ser una princesa ni soñaba con que me convertiría en una. Aun así, a pesar de mi apatía, sé que las princesas me influyeron, porque, cuando me hice mayor, esperé a que apareciera mi príncipe.

Y esperé.

Y esperé.

Y esperé.⁸

Pero esto no va de que no hubiera hombres buenos. Va de que esperé porque estaba segura de que acabaría encontrando al novio perfecto, que luego se convertiría en el marido ideal. Ese era el discurso de los cuentos de hadas.

Resulta que también era el mismo de mi educación judía. En el judaísmo existe un concepto que se llama *bashert*. Nuestros maestros nos enseñan que todo el mundo tiene un *bashert* (que puede traducirse, más o menos, como «lo que tiene que ser»). Si nos portábamos bien, nos decían, llegaría nuestro *bashert*; si no a caballo, al menos con un título de Derecho o Medicina. Y, lo que es incluso más importante que este gran salario potencial, sería justo el hombre perfecto para nosotras, el yang de nuestro yin, y viviríamos felices y comeríamos perdices.

(8) «¡Ya sé que es una locura pensar en el amor!» Si no pilláis la referencia musical, seguramente os hayáis equivocado al elegir este libro. Lo siento mucho.

Dado que me vendían esa historia en el cine y en el colegio, yo iba sobre seguro. Me pasé la infancia siendo buena y casta y teniendo fe. A los quince años estaba sola, pero creía que todo se arreglaría. A los veinte estaba muy sola, pero aún creía que aparecería mi príncipe. A los veinticinco estaba desesperada porque toda la gente que conocía había tenido alguna relación seria, excepto yo. Encima, aún era virgen,⁹ y eso me hacía sentir como un bicho raro al que nadie querría jamás.

¿Mi década de soledad fue culpa de las princesas? Más concretamente, ¿debería demandar a Disney y exigirle 179.000 millones de dólares?

Atendamos a las pruebas. Tengo cuarenta y cinco años. Cuando hablo de «películas de princesas», me refiero al trío con el que me crié: *Blancanieves*, *Cenicienta* y *La Bella Durmiente*. Si las princesas Disney tienen la reputación de ser unas pavisosas es por esos tres iconos, insulsos y poco inspiradores. Os reto a que las llaméis «heroínas» sin echaros a reír. Dos de estas princesas están literalmente dormidas durante gran parte de su cuento.

Y con razón. Cuando se hicieron estas tres películas, Disney era de lo más reaccionario. En términos de feminismo, era una época de aletargamiento. Las mujeres consiguieron el derecho al voto en Estados Unidos en 1920 y, a partir de ahí, la «cronología del feminismo» está relativamente vacía hasta la llegada de la segunda ola del feminismo, en los años sesenta. (En 1957, por primera vez, la cantidad de mujeres y hombres que votaron en Estados Unidos fue más o menos igual. Es probable que haya alguna relación entre este hecho y la reanudación del éxito feminista, pero ese debate es demasiado serio para un libro sobre princesitas).

En el caso de Mari, estas primeras películas fueron irrelevantes. Vio *Blancanieves* pocos meses después de ver *Frozen* y la olvidó al día siguiente. Empezaron a encantarle las princesas mucho

(9) ¡Igual sí que era una princesa Disney, después de todo!

antes de ver cualquiera de las películas, aunque Aurora le entusiasmó al instante, mucho más que Cenicienta, porque lleva el pelo suelto, mientras Cenicienta lo lleva en un moño, y porque el vestido de Aurora es, cómo no, rosa.¹⁰ A los ojos de Mari, solo el concepto y el aspecto de las princesas bastaban para inspirarla. Las historias en sí no tienen importancia para las princesitas.

Pero, al estar tan arraigadas en nuestra cultura, para mí las historias sí que tenían importancia. Aunque las películas nunca me han gustado tanto como a mi muy femenina hermana, acabaron calando en mí. Al igual que muchas mujeres, aprendí que era importante ser guapa. Aprendí que un príncipe puede salvarte. Gracias a mi educación religiosa, también aprendí que, para conseguir al susodicho príncipe, solo hacía falta ser buena.

Así que esperé y me pasé muchos años sola. No es de extrañar que también sufriera depresión clínica. Ahí hay una relación. La depresión suele llevar asociado un planteamiento pasivo de la vida (en el que dependes de fuerzas externas y no de tus propios recursos). En otras palabras, como sus películas de princesas fomentaban la actitud pasiva que yo había asumido, debería demandar a Disney por angustia emocional, ¿verdad?

Por desgracia, mi ingenioso plan para bañarme en diamantes rosa cojea un poco. Aparte del hecho de que su equipo de abogados sería muy superior al mío,¹¹ demandar o culpar a Disney por lo que sea que me haya pasado no es más que otro síntoma de pasividad. A mitad de la veintena, la única forma que tuve de salir de mi estado depresivo fue asumir la responsabilidad sobre mi vida. No podía culpar de mi soledad a nadie salvo a mí misma, mis acciones, mi inacción y mi incapacidad para abrirme a los demás. Una vez que acepté esto, empecé a dejar que los hombres entraran en mi vida. No hubo ningún príncipe, pero algunos estaban bien. Al fi-

(10) El rosa siempre gana, por si acaso no os habéis dado cuenta.

(11) Sobre todo, porque yo no tengo abogado.

nal, hasta me casé con uno. No lleva guantes de satén ni monta a caballo, pero me da masajes en los pies, así que creo que me he llevado un buen chollo. Pero no le contéis nada a Disney, porque igual cambio de idea con lo de la demanda y los masajes de pies resultan ser una prueba admisible en el juicio.

Dato interesante sobre princesitas n.º 1

Como muchas niñas de su edad, en realidad Mari empezó a hablar de princesas antes de ver una película de princesas. Mucha gente atribuye este conocimiento sobrenatural a las guarderías. Cuando las niñas ven que otras niñas llevan mochilas de princesas, cantimploras de princesas, tatuajes de princesas y *piercings* faciales de princesas, se dan cuenta de que han estado perdiéndose esa parte esencial de su infancia.

Sin embargo, en cuanto empezó a ver películas de princesas, tuve la oportunidad de revisarlas por primera vez desde mi infancia. Ver *Blancanieves* con Mari supuso los ochenta y tres minutos más aburridos de toda mi vida, y ahí va incluida la final de *curling* de los Juegos Olímpicos de Invierno de 1998.

No obstante, recuerdo que *Blancanieves* me gustó de niña y la única explicación que tengo es que *La guerra de las galaxias* cambió el cine para siempre y evitará que vuelva a existir otra *Blancanieves*. Gracias, George Lucas.

Mi vida en rosa: LAS MUCHAS RAZONES POR LAS CUALES CENICIENTA NO GUSTA

Este breve cuestionario exprés sobre princesitas me ayudará a saber si habéis estado prestando atención. Todo el mundo con el lápiz preparado.

PREGUNTA: ¿Por qué las primeras princesas Disney (también conocidas como «el Trío de las Dormilonas») son tan pasivas?

RESPUESTA: Porque necesitan a un hombre que las salve, por supuesto.

A ver, una cosa es que los guionistas se inventaran ese fiasco en su momento, cuando las aspiradoras se publicitaban como el regalo navideño perfecto para las señoras. Pero el tema de los cuentos de hadas en el cine sigue vivo. ¿No es una cabronada? ¿O, como mínimo, algo propio de una bruja malvada?

Y nuestras tres damiselas expectantes no están solas en su órbita alrededor del hombre. En 1985, la historietista estadounidense Alison Bechdel creó un personaje que se negaba a ver una película a menos que:

- A. Hubiera en ella al menos dos mujeres
- B. que hablaran entre sí
- C. sobre algo que no fuera un hombre

El «test de Bechdel» caló hondo y ahora se utiliza para demostrar que el cine y la televisión incumplen una y otra vez estos criterios. La conclusión de un análisis de Bechdel de los taquillazos de 2013 fue que diecisiete de las primeras cincuenta películas aprobaban el test.¹²

He aquí algo que yo dije (y, con «yo», me refiero a Reese Witherspoon) en una entrevista para la revista *Elle*:

Hace un par de años empecé a darme cuenta de que no veía a mujeres protagonizando películas; solo salían como las novias de los tíos o como la mujer de fulano de tal. Solo podía pensar: «Madre mía, como no me ponga manos a la obra y empiece a producir películas, ¿qué va a ver mi hija en el cine?».

(12) El análisis se hizo en *Vocativ.com* y el fondo del artículo era que Hollywood podría ganar más dinero si el test se superara más a menudo. *Frozen* lo superó.

Por desgracia para la hija de Reese, y también para la mía, llegarán a ver no solo una versión de Disney de *Cenicienta*, sino dos. En 2015, Disney estrenó una versión de *Cenicienta* con actores de carne y hueso. Soy consciente de que no se puede cambiar gran cosa del argumento de un cuento popular de origen remoto, pero, al mismo tiempo, ¿tenía que seguir Disney con tanta fidelidad la versión de 1950? Hay muchas razones para que la película original de Disney no guste.¹³ Estas son solo algunas de mis favoritas:

Éranse una vez tres mujeres malas y feas que maltrataban a una joven y guapa.

¿Y qué hay de esta otra?

Érase una vez una joven cuya belleza solucionaba absolutamente todos sus problemas.

Esta es desconcertante:

Érase una vez un hermoso príncipe que se enamoró de una bella mujer, pero era incapaz de reconocerla si no llevaba puesta su ropa elegante y tuvo que determinar su identidad a través de su número de zapato. Espera, ¿qué?¹⁴

Aunque podría decirse que la que más echa a perder a las niñas es esta:

Érase una vez una mujer con problemas. Pero, en cuanto consiguió su anillo de compromiso, nunca más tuvo que volver a preocuparse por nada. El anillo de compromiso lo resuelve todo.

(13) La *Cenicienta* de 2015 era aún peor que la original. Volveré sobre ello en el capítulo 7.

(14) Esta frase debería recordaros de inmediato a *Frozen*, porque, si estáis leyendo este libro, probablemente ya habéis perdido la cuenta de las veces que la habéis visto. Si no habéis visto *Frozen* y habéis cogido este libro por accidente, lo siento muchísimo otra vez.

Con respecto a esto último, voy a citar otra vez a Reese Witherspoon. Esto es lo que dijo en *The New York Times* sobre su película *Alma salvaje*, basada en el libro autobiográfico de Cheryl Strayed:

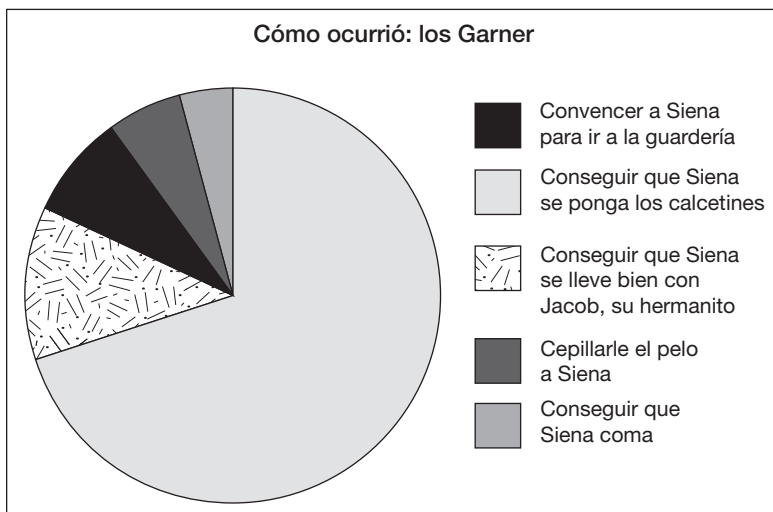
Nosotras mismas nos salvamos. Esto es algo que sabemos todas las mujeres.

Y así es, en efecto. Yo tardé bastante en darme cuenta. Además de esperar a mi príncipe, también esperé para recibir ayuda con la depresión, esperé para averiguar qué era el lastre que me reprimía y esperé para asumir la responsabilidad sobre mi propia vida. Cuando me di cuenta de ello, todo empezó a salir bien. Ojo, que voy a destripar el final: no tenía nada que ver con ningún anillo de compromiso.

Nosotras mismas nos salvamos. El reloj acaba de dar la medianoche. Así que, a menos que podamos volver a contar la historia para que signifique algo nuevo y vigente, será mejor mandar a Cenicienta a a la cama. Ya va siendo hora.

Gráfico circular sobre princesitas

Normalmente, las princesitas aparecen cuando los progenitores de las criaturas se distraen con otras prioridades, justo en el mismo momento en el que un porcentaje de niñas empieza a obsesionarse con el rosa. Este gráfico circular es el primero de una serie en la que se analiza, de forma detallada, cómo se manipula la atención de los padres para que estos permitan que su hogar se convierta en un santuario dedicado a las princesas y al color rosa.



En nuestro primer caso práctico, vemos que los padres de Siena dedican un tiempo considerable a asegurarse de que su hija no mutile a Jacob, su hermanito. También hay que convencerla de que vaya a la guardería. El mayor gasto de energía para los Garner, sin embargo, se produce para conseguir que Siena se ponga los calcetines.

«¿Cómo puede haber una persona tan reacia a ponerse unos calcetines?», se ha preguntado en muchas ocasiones el padre de Siena.

Como podéis ver, a los Garner ya no les queda energía para combatir la influencia del mundo de las princesitas, lo que explica por qué Siena se convirtió en princesita titulada pocos minutos después de su tercer cumpleaños. Por desgracia, los Garner también disponen de poca energía para conseguir que Siena coma, motivo por el cual la niña sobrevive a base de yogur líquido y galletitas saladas.